**Solo la religión puede derrotar a la nueva barbarie**

*Jonathan Sacks. Gran Rabino principal del Reino Unido, 15 June 2013*

Me encanta la observación de un doctor de Oxford acerca de otro doctor: “Es superficialmente profundo, pero en el fondo es superficial”. Esa frase más de una vez me ha venido a la mente al leer a los nuevos ateos. Futuros intelectuales historiadores mirarán hacia atrás con asombro el extraño fenómeno de secularistas aparentemente inteligentes en el siglo XXI que creen que si se pudiera demostrar que los primeros capítulos del Génesis no son literalmente ciertos, o que el universo tiene más de 6.000 años de antigüedad o que puede haber otras explicaciones para el arco iris distintas de la de ser un signo del Pacto de Dios después del Diluvio, el conjunto de creencias religiosas de la humanidad se derrumbaría como un castillo de naipes y quedaría un mundo sereno de racionalistas no creyentes que se lleva­rían muy bien el uno con el otro.

¿Y dónde queda la profundidad intelectual de los ateos serios, la contundencia de Hobbes, la pasión de Spinoza, el ingenio de Voltaire, la profundidad rompedora de Nietzsche? ¿Dónde queda el más remoto recuerdo de que han lidiado con verdaderos problemas, que no tienen nada que ver con la ciencia ni con el significado de las escrituras ni con todo lo relacionado con su significado literal sino más bien con la existencia o no existencia de un orden moral objetivo, la verdad o la falsedad de la idea de libertad humana y la capacidad o incapacidad de la sociedad para sobrevivir sin los rituales, relatos y prácticas compartidas que crean y mantienen el vínculo social? Un área significativa del discurso intelectual, la condición humana *sub specie aeternitatis*, ha enmudecido para ser simplemente debate escolar sobre la sociedad.

¿Importa? ¿No deberíamos aceptar que así como hay algunas personas que son sordas para la música o que carecen de sentido del humor, hay también otras que simplemente no entienden de qué va el libro de los Salmos, carecen de un sentido de trascendencia o del milagro que supone la existencia, que no entienden la vida humana como un drama de amor y perdón, ni se mueven a orar pidiendo perdón o dando gracias? A algunas personas les va la religión y a otras no. ¿Por qué no dejarlo ahí?

Muy bien, tal vez. Pero no los lectores de la Revista “El espectador”, porque la religión tiene consecuencias sociales, culturales y políticas, y se puede esperar que los cimientos de la civilización occidental se desmoronen mientras que el resto del edificio queda intacto. Eso lo entendió el mayor de todos los ateos, Nietzsche, con aterradora claridad pero sus últimos sucesores no lo han entendido en absoluto.

Una y otra vez en sus últimos escritos Nietzsche nos dice que la pérdida de la fe cristiana supondrá también el abandono de la moral cristiana. Ya no tendrá sentido el “ama a tu prójimo como a ti mismo"; su lugar lo ocupará la voluntad de poder. No más mandamientos del tipo “No harás”. La gente vivirá en cambio según la ley de la naturaleza en la que el fuerte domina o elimina a los débiles. "Un acto de lesiones, violencia, explotación o la destrucción no puede ser injusto”, porque esencialmente la vida funciona de un modo lesivo, violento, explotador y destructivo- Nietzsche no era antisemita. Pero hay pasajes en sus escritos en los que casi llega a justificar el Holocausto.

Esto tenía nada que ver con él personalmente pero sí tiene mucho que ver con la con la lógica de la pérdida de la ética cristiana en Europa. Ya en 1843, un año antes del nacimiento de Nietzsche, Heinrich Heine escribió: “Va a tener lugar en Alemania un drama tal que comparada con él la revolución francesa parecerá un idilio inofensivo. El Cristianismo refrenó el ardor marcial de los alemanes durante un tiempo pero no lo destruyó; una vez que ese talismán restrictivo se ha roto, el salvajismo se alzará de nuevo y la loca furia de la que los poetas hablan y cantan.” Nietzsche y Heine subrayaron lo mismo. Si se pierde el sentido de la santidad de la vida propio del Judeocristianismo, ya no habrá nada para impedir que los malvados hagan todo cuanto tengan la oportunidad de hacer si son provocados a hacerlo. Richard Dawkins, al que respeto, entiende esto en parte. Él ha dicho a menudo que el darwinismo es una ciencia, no una ética. Pero si se utiliza la selección natural como código de conducta, sobrevendrán terribles desastres. Y si se les pregunta de dónde derivaremos nuestra moralidad, si ya no es de la ciencia ni de la religión, los nuevos ateos comienzan a balbucear. Tienden a argumentar que la ética es algo evidente, cosa que no es, o que es algo natural, cosa que manifiestamente tampoco es. y terminan sugiriendo vagamente que este no es su problema y que otros se preocupen de ello

La historia de Europa desde el siglo XVIII ha sido la historia de los sucesivos intentos por encontrar alternativas a Dios como objeto de culto, entre ellos la nación-estado, la raza y el manifiesto comunista. Después de que esto le costó a la humanidad dos guerras mundiales, una guerra fría y 100 millones de vidas, nos hemos convertido a formas más pacíficas de idolatría, entre ellas el mercado, el estado democrático liberal y la sociedad de consumo, que son todas ellas formas de decir que no hay moralidad más allá de la elección personal, siempre y cuando no haga daño a otros.

Aún así, los costos están empezando a dispararse. Los niveles de confianza se han desplomado en todo Occidente en un grupo tras grupo: personalidades mediáticas, banqueros, los ejecutivos de empresas, parlamentarios, prensa, se han visto afectados por el escándalo. El matrimonio ha colapsado en cuanto institución, con 40 por ciento de los niños naciendo fuera de él y 50 por ciento de los matrimonios terminando en divorcio. Las tasas de enfermedades depresivas y los síndromes relacionados con el estrés se han disparado sobre todo entre los jóvenes. Una encuesta reciente mostró que el promedio de jóvenes de 18 a 35 años de edad tiene 237 amigos de Facebook. Cuando se les preguntó en cuántos de ellos podían confiar en una crisis, la respuesta promedio era dos. Una cuarta parte dijo que uno. Una octava parte dijo que ninguno.

Nada de esto debería sorprendernos. Esto es lo que pasa en una sociedad construida sobre el materialismo, el individualismo y el relativismo moral. Maximiza la libertad personal, pero a un enorme costo. Como Michael Walzer dice: “esta libertad, por más energetizante y emocionante que sea, es también profundamente disociativa, dificultando el que los individuos encuentren un apoyo comunitario estable, y dificultando también el que una comunidad cuente con la participación responsable de sus miembros individuales. Expone a hombres y mujeres solitarios al impacto de un mínimo común denominador, la cultura del comercio”.

En mi tiempo como rabino principal, he visto dos tendencias muy significativas. En primer lugar, los padres van siendo más propensos a enviar a sus hijos a las escuelas religiosas. Quieren que sus niños sean influenciados por una fuerte ética de responsabilidad y autocontrol. En segundo lugar, las personas religiosas, los judíos en particular, tienen más miedo del futuro del que tenían antes. Nuestra cultura recientemente polarizada es mucho menos tolerante que la vieja y moderada Gran Bretaña cristiana. En un cierto sentido los nuevos ateos tienen razón. La amenaza a la libertad occidental en el siglo XXI no viene del fascismo o del comunismo sino de un fundamentalismo religioso que combina el odio al otro, la búsqueda de poder y el desprecio por los derechos humanos. Pero la pretensión de que esto pueda ser derrotado por el individualismo y relativismo es ingenua y casi increíble. La humanidad ya ha estado aquí anteriormente. Los precursores de los ateos científicos de hoy fueron Epicuro en la Grecia del el siglo III a.C. y Lucrecio en la Roma del siglo I. Se trataba de dos grandes civilizaciones al borde del colapso. Al haber perdido su fe, no eran rivales para lo que Bertrand Russell llama "naciones menos civilizadas que ellos pero no tan carentes de cohesión social". Los bárbaros ganan. Siempre lo hacen.

Los nuevos bárbaros son los fundamentalistas que buscan imponer una sola verdad en un mundo plural. Aunque muchos de ellos pretenden ser religiosos, son realmente devotos de la voluntad de poder. La tarea de derrotarles exigirá la defensa más enérgica posible de la libertad, y las sociedades fuertes siempre son sociedades morales. Eso no significa que tengan que ser religiosas. En palabras del historiador Will Durant, "No hay ningún ejemplo significativo en la historia anterior a nuestro tiempo, de que una sociedad mantenga con éxito una vida moral sin la ayuda de la religión." No tengo ningún deseo de convertir a los demás a mis creencias religiosas. Los judíos no hacemos ese tipo de cosas. Tampoco creo que haya que ser religioso para ser moral. Pero el tema propuesto por Durant es el verdadero desafío de nuestro tiempo. Toda­vía no he encontrado una ética secular capaz de dar apoyo a largo plazo a una sociedad de familias y comunidades fuertes y de respaldar el altruismo, la virtud, el autocontrol, el honor, el deber y la confianza en el otro. Un siglo después de que una civilización haya perdido su alma pierde también su libertad. Esto debería preocuparnos a todos nosotros, creyentes y no creyentes.

Original inglés traducido por mí

I love the remark made by one Oxford don about another: ‘On the surface, he’s profound, but deep down, he’s superficial.’ That sentence has more than once come to mind when reading the new atheists.

Future intellectual historians will look back with wonder at the strange phenomenon of seemingly intelligent secularists in the 21st century believing that if they could show that the first chapters of Genesis are not literally true, that the universe is more than 6,000 years old and there might be other explanations for rainbows than as a sign of God’s covenant after the flood, the whole of humanity’s religious beliefs would come tumbling down like a house of cards and we would be left with a serene world of rational non-believers getting on famously with one another.

Whatever happened to the intellectual depth of the serious atheists, the forcefulness of Hobbes, the passion of Spinoza, the wit of Voltaire, the world-shattering profundity of Nietzsche? Where is there the remotest sense that they have grappled with the real issues, which have nothing to do with science and the literal meaning of scripture and everything to do with the meaningfulness or otherwise of human life, the existence or non-existence of an objective moral order, the truth or falsity of the idea of human freedom, and the ability or inability of society to survive without the rituals, narratives and shared practices that create and sustain the social bond?

A significant area of intellectual discourse — the human condition sub specie aeternitatis — has been dumbed down to the level of a school debating society. Does it matter? Should we not simply accept that just as there are some people who are tone deaf and others who have no sense of humour, so there are some who simply do not understand what is going on in the Book of Psalms, who lack a sense of transcendence or the miracle of being, who fail to understand what it might be to see human life as a drama of love and forgiveness or be moved to pray in penitence or thanksgiving? Some people get religion; others don’t. Why not leave it at that?

Fair enough, perhaps. But not, I submit, for readers of The Spectator, because religion has social, cultural and political consequences, and you cannot expect the foundations of western civilisation to crumble and leave the rest of the building intact. That is what the greatest of all atheists, Nietzsche, understood with terrifying clarity and what his -latter-day successors fail to grasp at all.

Time and again in his later writings he tells us that losing Christian faith will mean abandoning Christian morality. No more ‘Love your neighbour as yourself’; instead the will to power. No more ‘Thou shalt not’; instead people would live by the law of nature, the strong dominating or eliminating the weak. ‘An act of injury, violence, exploitation or destruction cannot be “unjust” as such, because life functions essentially in an injurious, violent, exploitative and destructive manner.’ Nietzsche was not an anti-Semite, but there are passages in his writing that come close to justifying a Holocaust.

This had nothing to do with him personally and everything to do with the logic of Europe losing its Christian ethic. Already in 1843, a year before Nietzsche was born, Heinrich Heine wrote, ‘A drama will be enacted in Germany compared to which the French Revolution will seem like a harmless idyll. Christianity restrained the martial ardour of the Germans for a time but it did not destroy it; once the restraining talisman is shattered, savagery will rise again…  the mad fury of the berserk, of which Nordic poets sing and speak.’ Nietzsche and Heine were making the same point. Lose the Judeo-Christian sanctity of life and there will be nothing to contain the evil men do when given the chance and the provocation.

Richard Dawkins, whom I respect, partly understands this. He has said often that Darwinism is a science, not an ethic. Turn natural selection into a code of conduct and you get disaster. But if asked where we get our morality from, if not from science or religion, the new atheists start to stammer. They tend to argue that ethics is obvious, which it isn’t, or natural, which it manifestly isn’t either, and end up vaguely hinting that this isn’t their problem. Let someone else worry about it.

The history of Europe since the 18th century has been the story of successive attempts to find alternatives to God as an object of worship, among them the nation state, race and the Communist Manifesto. After this cost humanity two world wars, a Cold War and a hundred million lives, we have turned to more pacific forms of idolatry, among them the market, the liberal democratic state and the consumer society, all of which are ways of saying that there is no morality beyond personal choice so long as you do no harm to others.

Even so, the costs are beginning to mount up. Levels of trust have plummeted throughout the West as one group after another — bankers, CEOs, media personalities, parliamentarians, the press — has been hit by scandal. Marriage has all but collapsed as an institution, with 40 per cent of children born outside it and 50 per cent of marriages ending in divorce. Rates of depressive illness and stress-related syndromes have rocketed especially among the young. A recent survey showed that the average 18- to 35-year-old has 237 Facebook friends. When asked how many they could rely on in a crisis, the average answer was two. A quarter said one. An eighth said none.

None of this should surprise us. This is what a society built on materialism, individualism and moral relativism looks like. It maximises personal freedom but at a cost. As Michael Walzer puts it: ‘This freedom, energising and exciting as it is, is also profoundly disintegrative, making it very difficult for individuals to find any stable communal support, very difficult for any community to count on the responsible participation of its individual members. It opens solitary men and women to the impact of a lowest common denominator, commercial culture.’

In my time as Chief Rabbi, I have seen two highly significant trends. First, parents are more likely than they were to send their children to faith schools. They want their children exposed to a strong substantive ethic of responsibility and restraint. Second, religious people, Jews especially, are more fearful of the future than they were. Our newly polarised culture is far less tolerant than old, mild Christian Britain.

In one respect the new atheists are right. The threat to western freedom in the 21st century is not from fascism or communism but from a religious fundamentalism combining hatred of the other, the pursuit of power and contempt for human rights. But the idea that this can be defeated by individualism and relativism is naive almost beyond belief. Humanity has been here before. The precursors of today’s scientific atheists were Epicurus in third-century BCE Greece and Lucretius in first-century Rome. These were two great civilisations on the brink of decline. Having lost their faith, they were no match for what Bertrand Russell calls ‘nations less civilised than themselves but not so destitute of social cohesion’. The barbarians win. They always do.

The new barbarians are the fundamentalists who seek to impose a single truth on a plural world. Though many of them claim to be religious, they are actually devotees of the will to power. Defeating them will take the strongest possible defence of freedom, and strong societies are always moral societies. That does not mean that they need be religious. It is just that, in the words of historian Will Durant, ‘There is no significant example in history, before our time, of a society successfully maintaining moral life without the aid of religion.’